

VIDEO ESPAÑOL, EL MEJOR VIDEO DE ESPAÑA

Llega un momento en que uno ya se cansa de escribir folletos turísticos. Uno ha llegado a pensar que si el vídeo forma parte de algún tipo de política cultural en la España de las autonomías, debe ser porque se le ha incluido en algún plan de rehabilitación de jóvenes con problemas tales como el acné, la calvicie precoz, las sustancias nocivas, el egotismo, el onanismo, las tendencias incestuosas y las consecuencias de la economía sumergida. O quizá se trate de desarrollar un nuevo deporte de mesa, algo así como el ping-pong o el parchís, a fin de aligerar de violencia a la liga futbolística y diezmar las filas de los *hooligans* locales. O de perpetuar electrónicamente la comedia de enredo de los grandes escándalos, estafas y enigmas de la piel de toro, de Matesa a Rumasa y del caso de la colza a la Operación Roca.

Si el presuntamente "nuevo" vídeo español no da más de sí que para adular al chico de oro y a media docena de piezas de recambio, y repentinamente retirarles el saludo, es un fastidio haberle dado tanto bombo a esa especie de Festival de Benidorm ininterrumpido que lo ha acunado. Entonces, ese niño que se ha crecido y ha engordado con la turbia leche del cretinismo, merece una paliza que lo deje tieso y en su sitio, aunque lloriqueando, para que aprenda eso de que el que se mueve no sale en la foto. Pero, bien mirado, palizas ya las ha recibido por todos lados. Magullado, el muy idiota sin embargo se sonríe. Tenemos lo que nos merecemos, es casi un tópico repetirlo, pero si el cine español es en un 50 por ciento baboso (seámos benevolentes), como la proporción de grasa en un queso de Camembert, no veo que se pueda esperar del vídeo español mucho más que de un Camembert hecho en Asturias. Aún así, es cierto que el cine y el vídeo y el Camembert español son los mejores de España.

Para ser ecuánime, uno ha de reconocer que la tortilla española puede ser muy sabrosa y no tiene nada que envidiar a otros platos de la cocina internacional. Dicho de otra manera y por poner un ejemplo entre otros posibles, aguantando la selección de vídeos alemanes de la última convocatoria del *Marler Videokunstpreis*, uno alcanza a comprender muy bien el embarazo que manifiesta el colega boche Wolfgang Preikschat en su texto para el correspondiente catálogo, donde el estado actual de la videografía es retratado como "un laberinto, sin meta ni salida, de meras aspiraciones". Y en este punto, me interrumpe la llamada ni siquiera obscena del enésimo energúmeno anónimo que proclama alborozado que ha hecho "un vídeoarte" y no sabe adonde enviarlo para que lo vea y aplauda alguien más que su tía. La realidad, pues, supera las frases más lapidarias.

A uno le tienta la imagen del nuevo vídeo español como un edificio de Ricardo Bofill que se cae a trocitos, sin que se sepa aún a quien le corresponde ponerle remedio. Las instituciones, las más, no han favorecido sino el estado de autarquía del ¡Somos la hostia! y el campeonato de la indulgencia entre las autonomías de primera y segunda; así como el esquilmado del bosque de los enanitos y la munificencia de la pedrea en la lotería cultural. Los festivales y concursos empezaron siendo de Eurovisión para regresar a la Antología de la Zarzuela y las festividades de la patrona. Debe de existir, pues, algún plan de beneficencia para realojar a los videotas en aldeas (no la aldea global, desde luego); por lo menos aquellos que no logren adivinar El Precio Justo. Nuevos concursantes van cada lunes a jugaaaaar.

A todo esto, que aún haya algo que tomarse en serio ya es mucho. Sin embargo, el papanatismo ha llevado en muchos casos a seguir a pies juntillas el veredicto de los concursos, perpetuándose una imagen sobredimensionada de la realidad (y de productos que, siento decirlo, en muchos casos no van sino de lo discreto a lo ínfimo) a través de esa contracultura de la pereza de las gacetillas de la prensa, de los organizadores o programadores de los subsiguientes festivalillos y muestras, de los diminutos mecanismos del vídeoclub de la creación. Había que dar esos premios, trofeos y besos porque así estaba previsto en el reglamento (de unas bases calcadas de un concurso a otro y originalmente copiadas de otro contexto) y porque así fueron de generosos los patrocinadores. Y si hay, pongamos por caso, seis premios, ha de haber un apoteosis previo de cuarenta cintas seleccionadas cueste lo que cueste; los cuarenta principales en un olimpo de tramoya en el que lo importante no es participar, sino ganar, incluso si hay que pasar por el trance de subir al podio y que te venga un hada madrina a tocarte con su varita mágica. *Sic transit gloria mundi*.

Si más o menos lamentable ha sido este teatro de aficionados que no quieren reconocerse como tales, sino todo lo contrario, la idea de que esta función ininterrumpida haya sido uno de los principales motores que ha animado al nuevo vídeo español es ya digna de la más negra leyenda si uno se la toma al pie de la letra y se imagina a Fulano y a Mengano, Zutano, Perengano y Matutano concibiendo sendas obras en espera de recobrar, en el festival de turno, su peculio, su amor propio o, por lo menos, el saludo de quienes han prestado su tiempo y sus equipos. También es posible que aún haya almas candidas necesitadas de su bienaventuranza. Peores pensamientos puede tener todavía el hombre, como por ejemplo el de que, como consecuencia de todo esto, se hayan implantado determinados estilos y parámetros con el exclusivo fin de comprarse unos zapatos nuevos.

Lejos de mi intención está el chincar al sufrido vídeocreador, cuya reputación bastante mancilla ya palabra tan malsonante, pero había que vapulear aún la imagen global del ¿nuevo? vídeo español. Después de todo, el espaldarazo más sublime puede ser también una patada en los genitales. Queden el victimismo, la exégesis y los supositorios para otras ocasiones. El vídeoarte ha sido confundido con un bodegón o una jota, el relato con un arrebato a ritmo de vídeo-clip, el arte de performance con la gimnasia sueca, la diégesis con las alteraciones en la menstruación de las muchachas en flor, la sexualidad con el anuncio de profilácticos y la moda de España, la visión de la realidad con unos dibujos animados de protección oficial, la vídeo-ópera con una maloliente zarzuela de pescados y mariscos flotando en una salsa oscura y grasienta, etc. No importa aquí si la caricatura es de un catálogo de propósitos auténticos o de despropósitos imaginarios.

En resumen, lo que me preocupa al echar la vista atrás, hacia el esforzado pero precario pasado de la videografía en este país, es la falta de orientación que se olfatea en su rancio aire. Llegar al *Top 20* local, obtener la homologación comunitaria, dirigir una comedia madrileña, ingresar en el Club de los Jóvenes Empresarios, incluso conseguir una plaza en una TV autonómica, son objetivos arduos. Los cadetes videógrafos no lo tienen fácil y los más grandullones lo tienen a menudo peor. Entonces, para que no se queden de sufridores en casa, se les da una cartilla de ahorro en forma de beca o premio y que se apañen, que se enteren de lo que vale un peine y de la diferencia que hay entre vídeoarte y vídeo de creación.

La desinformación es probablemente aún una de las inveteradas costumbres que no hemos logrado sacarnos totalmente de encima y que hay quien lleva todavía puesta con un trasnochado deje de orgullo patrio. La crítica (inexistente) y la opinión habrían de pasar del boca a boca privado y de la levedad del comentario o reseña sin consecuencia a lo punzante y sanguíneo, si es necesario hiriente, para librarnos de tanto machaqueo en nombre de la libre expresión audiovisual. Es una queja ya demasiado sobada la de echar en falta unos criterios —más pomposamente, una teoría— para poder apreciar el vídeo tal como se cata un vino. La defenestración podría ser aquí la solución implacable para que el edificio no se derrumbe del todo; el sentido crítico su sucedáneo aún humano; y la ironía, un acto todavía oportuno de desacato.

EUGENI BONET